

Schubert

(1797-1828)

Nació en Lichtenhal (Viena). Su vida es simple y melancólica. De familia humilde recibió la primera educación musical de su padre, un buen violinista. su disposición para la música y su voz fresca de soprano le hicieron entrar en la capilla imperial donde recibió las lecciones de Salieri. A los dieciséis años dejó la capilla y marchó a Viena, donde comenzó a componer sus famosos lieder, que fueron popularizados por el tenor Miguel Vogl. Escribió más de 600, siendo el más conocido el "Rey de los Alerces". Bohemio y despreocupado no conoció jamás grandes pasiones y la mayor parte de sus amoríos no fueron más que encantadores libertinajes. Incapaz del esfuerzo continuo Schubert fué un incomparable improvisador. Su "Sinfonía inacabada", sus "Momentos musicales", testimonia las posibilidades de este músico muerto a los treinta y dos años de edad.

Una Satira de Flaubert



El estreno de "Madame Bovary" en el teatro Montparnasse de París debía atraer la atención sobre un ensayo dramático de Flaubert que data de 1874 y que hoy está completamente olvidado. Se trata de una comedia satírica, "El Candidato", cuya primera interpretación tuvo lugar en el escenario del Vaudeville el 11 de marzo de 1874 y cuya cuarta y última se llevó a cabo el 14.

El principal personaje, Rousselin, tiene cincuenta y seis años. Es un rico burgués que vive roído por la ambición de convertirse en diputado, y en cuya descripción Flaubert ha multiplicado los rasgos de su odio desdeñoso por la mediocridad. Una corta historia de amor muy pueril (Rousselin tiene un hijo) se mezcla a la sencilla comedia político-electoral del candidato, oscilante entre el liberalismo y las tendencias conser-

vadoras, nada más que para obtener mayor número de votos. Del punto de partida del que Becque hubiera extraído una obra fuerte y cruel, Flaubert sólo ha hecho un sainete pesado con algunas frases.

Por ejemplo, al entrar muy preocupado en su casa, Rousselin le da un apretón de manos a su sirviente y le llama: "Mi querido amigo..." El criado se asombra: "¡Pero, señor!..." Rousselin le dice:

—Una distracción, es cierto. La costumbre de dar apretones de manos a cualquiera es más fuerte que yo.

O bien éstas:

—Rousselin... ¡eh! ¡eh!... él gana en la opinión.

—Pero hace poco decía usted que era un imbécil.

—Eso no impide el triunfar.